

Ayla, temblando de miedo, se estrechó contra el hombre alto que la acompañaba, en tanto los desconocidos se aproximaban. Jondalar la rodeó protectoramente con un brazo, pero ella seguía estremecida. «¡Es tan grande!», pensó ella boquiabierta, mirando al hombre que precedía al grupo; tenía el pelo y la barba de color fuego. Ayla nunca había visto a nadie tan grande. Hasta Jondalar parecía pequeño en comparación, aunque lo cierto es que era mucho más alto que la mayoría. El pelirrojo que se acercaba a ellos no era sólo alto: era enorme, un oso humano. Tenía el cuello abultado; su tórax era más amplio que el de dos hombres comunes y sus macizos bíceps equivalían al muslo de cualquier persona. Ayla echó un vistazo a Jondalar y no vio miedo alguno reflejado en su cara, pero notó que sonreía con cautela. Le eran desconocidos; en sus largos viajes había aprendido a ser cauteloso con los desconocidos.

–No recuerdo haberte visto antes –dijo el hombrón, sin preámbulos –. ¿De qué campamento eres? Ayla se dio cuenta de que no hablaba el idioma de Jondalar, sino uno de los otros que él le había estado enseñando.

–De ninguno –dijo Jondalar –. No somos mamutoi –soltó a Ayla y dio un paso adelante, extendidas ambas manos con las palmas hacia arriba para mostrar que no ocultaba nada, en saludo de amistad–. Soy Jondalar de los zelandonii.

Las manos no le fueron aceptadas.

–¿Zelandonii? Qué extraño... Espera, ¿no había dos forasteros hospedados en ese pueblo del río que vive hacia el oeste? Creo haber oído un nombre parecido.

–Sí, mi hermano y yo vivíamos con ellos –admitió Jondalar.

El hombre de la barba flamígera permaneció pensativo un rato. Después, inesperadamente, se lanzó hacia Jondalar y estrechó al rubio alto con un abrazo capaz de quebrarle los huesos.

–¡Entonces somos parientes! –tronó, con una amplia sonrisa que confirió calidez a su expresión –. ¡Tholie es hija de mi prima!

La sonrisa volvió a Jondalar, algo trémula.

–¡Tholie! Una mujer mamutoi llamada Tholie era familiar de mi hermano. Ella me enseñó tu idioma.

–¡Por supuesto, ya te lo he dicho! ¡Somos parientes! –El gigante cogió las manos de Jondalar, rechazadas antes–. Soy Talut, jefe del Campamento del León.

Ayla notó que todo el mundo sonreía. Talut le mostró los dientes en una sonrisa y la observó apreciativamente.

–Veo que ahora no viajas con tu hermano –dijo el hombre. Jondalar volvió a rodearla con un brazo; ella vio cómo aparecía en su frente una fugaz arruga de dolor antes de hablar.

–Se llama Ayla.

–Nombre extraño. ¿Es del pueblo del río?

Jondalar quedó sorprendido por la brusquedad de la pregunta, pero, al recordar a Tholie, sonrió para sus adentros. La mujer baja y fornida que él conocía guardaba muy poco parecido con ese hombre enorme que tenía ante sí, en la ribera, pero ambos estaban tallados del mismo pedernal: mostraban idéntica franqueza, el mismo candor nada tímido, casi ingenuo. No supo qué decir. No sería fácil explicar lo de Ayla.

–No. Ha estado viviendo en un valle, a varias jornadas de aquí.

Talut pareció desconcertado.

–No sé de ninguna mujer llamada así que viva en la zona. ¿Estás seguro de que es mamutoi?

–Estoy seguro de que no lo es.

–Entonces ¿de qué pueblo es? Sólo nosotros, los cazadores del mamut, vivimos en esta región.

–No tengo pueblo –dijo Ayla, levantando el mentón con aire de desafío.

Talut la estudió intrigado. Ella había pronunciado aquellas palabras en su idioma, pero la cualidad de su voz, el modo de pronunciar los sonidos, eran... extraños. Desagradables no, pero sí desacostumbrados. Jondalar hablaba con el acento de un idioma que no era el suyo, pero la diferencia en el modo de hablar de la mujer iba más allá del acento. El hombrón sintió aguzado su interés.

–Bueno, éste no es sitio para hablar –dijo, por fin –. Nezzie desatará sobre mí la ira de la Madre misma si no os invito a visitarnos. Los visitantes siempre traen un poco de

entusiasmo y hace tiempo que no tenemos visitas. El Campamento del León os dará la bienvenida. Jondalar de los zelandonii y Ayla sin Pueblo, ¿queréis venir?

–¿Qué te parece, Ayla? ¿Te gustaría visitarlos? –preguntó Jondalar, hablando en zelandonii para que ella pudiera responder con franqueza, sin temor a ofender –. ¿No es hora de que conozcas a tu propia gente? ¿No es eso lo que Iza te indicó que hicieras? ¿Buscar a tu pueblo? No quería parecer demasiado ansioso, pero llevaba mucho tiempo sin conversar con nadie más y le seducía aquella visita.

–No sé –dijo ella, frunciendo el ceño, indecisa –. ¿Qué pensarán de mí? Él ha querido saber cuál era mi pueblo. Yo no tengo pueblo. ¿Y si no les gusto?

–Les gustarás, Ayla, créeme. Sé que sí. Talut te invitó, ¿verdad? A él no le molestó que no tuvieras pueblo. Además, no podrás saber si te aceptan o si te gustan a menos que les des una oportunidad. Con gente como ellos debiste de haberte criado, ¿sabes? No es necesario que nos quedemos por mucho tiempo. Podremos marcharnos cuando queramos.

–¿Podremos marcharnos cuando queramos?

–Por supuesto.

Ayla bajó la vista al suelo, tratando de decidirse. Quería ir, pues se sentía atraída hacia ellos y experimentaba cierta curiosidad por conocerlos mejor. Pero también sentía un apretado nudo de miedo en el estómago. Al levantar la vista, vio a los dos desmelenados caballos de la estepa que pastaban la jugosa hierba de la llanura, cerca del río. Su temor se intensificó.

–¿Y qué haremos con Whinney? ¿Y si ellos quieren matarla? ¡No puedo permitir que nadie haga daño a Whinney!

Jondalar no había pensado en la yegua. ¿Qué diría aquella gente?

–No sé qué harán, Ayla, pero no creo que la maten si les decimos que es algo especial, que no se debe comer. –Recordó su sorpresa y su sobrecogimiento inicial al descubrir la relación de Ayla con el animal. Sería interesante ver cómo reaccionaban ellos –. Se me ocurre una idea.

Talut no comprendía lo que Ayla y Jondalar estaban diciendo, pero sabía que la mujer se mostraba reacia y que el hombre estaba tratando de convencerla. También notó que ella hablaba aquel otro idioma con el mismo acento raro. El jefe sacó la conclusión de que era el idioma del hombre, pero no el de ella. Estaba cavilando sobre el enigma de la mujer (con cierto deleite, pues disfrutaba con lo nuevo y extraño, y lo inexplicable le parecía un desafío) cuando el misterio cobró una dimensión totalmente distinta. Ayla emitió un silbido alto y agudo. De pronto, una yegua pajiza y un potrillo de pelaje pardo, de rara intensidad, galoparon hacia el grupo, en dirección a la mujer. ¡Y permanecieron quietos mientras ella los tocaba! El hombrón reprimió un escalofrío de respeto religioso. Aquello iba más allá de cuanto él conocía. «¿Será Mamut?», se preguntó con mayor aprensión. Alguien con poderes especiales. Muchos de los que Servían a la Madre aseguraban poseer magia para llamar a los animales y dirigir la caza, pero él nunca había visto a nadie que dominara de ese modo a las bestias, al punto de hacerlas acudir a una señal. Ella tenía un talento inigualable. Resultaba un poco atemorizante, pero ¡cuánto podía beneficiarse un campamento con semejantes poderes! Cazar sería más fácil. Talut apenas comenzaba a reponerse de su sorpresa cuando la joven le causó otra. Prendida a las rígidas crines de la yegua, saltó a lomos del animal y se sentó a horcajadas. La boca del hombrón se abrió a impulsos de la estupefacción que le embargaba, al ver que la yegua, con Ayla sobre el lomo, galopaba a orillas del río. Seguidas por el potrillo, ambas corrieron por la cuesta hasta las estepas. La maravilla reflejada en los ojos de Talut podía observarse también en el resto del grupo, sobre todo en una niña de doce años, que se adelantó hacia el jefe, recostándose contra él como si buscara apoyo.

–¿Cómo ha hecho eso, Talut? –preguntó, con la vocécita llena de asombro, respeto y algo de ansiedad –. Aquel caballito estaba tan cerca que casi hubiera podido tocarlo.

La expresión de Talut se ablandó.

–Tendrás que preguntárselo a ella, Latie. O tal vez a Jondalar –dijo, volviéndose hacia el alto desconocido.

–Yo mismo no estoy seguro –replicó éste–. Ayla mantiene una comunicación especial con los animales. Crió a Whinney desde que era una potrilla.

–¿Whinney?

–Es el nombre que ha dado a la yegua, tal como yo puedo pronunciarlo. Cuando lo dice ella, parece como si fuera un caballo. El potrillo se llama Corredor. El nombre se lo puse yo, ella me lo pidió. Así llamamos los zelandonii a quien corre mucho; también al que se

esfuerzo por ser el mejor. La primera vez que vi a Ayla, estaba ayudando a la yegua a parir el potrillo.

–¡Vaya espectáculo! Nunca creí que una yegua dejara acercarse a nadie en ese momento – dijo uno de los hombres.

La demostración tuvo el efecto que Jondalar esperaba. Entonces le pareció el momento adecuado de sacar a relucir los temores de Ayla.

–Creo que ella querría visitar tu campamento, Talut, pero teme que vosotros deis caza a sus caballos y, como no tienen miedo a la gente, sería muy fácil matarlos.

–Parece haber adivinado lo que yo estaba pensando, pero ¿quién no lo haría?

Talut observó a Ayla, que reaparecía a la vista como un extraño animal, mitad humano y mitad caballo. Era una suerte no haberlos visto de improviso; se habría sentido... enervado. Por un momento se preguntó cuál sería su aspecto a lomos de su caballo, cuando ya de por sí resultaba imponente. De inmediato, al imaginarse a horcajadas de un caballo de la estepa, fuerte pero bajo, soltó una estrepitosa carcajada.

–¡Sería más fácil que yo llevara a esa yegua que conseguir que ella me llevara a mí! – observó.

Jondalar rio entre dientes. No era difícil seguir el pensamiento de Talut. Algunos sonrieron o rieron por lo bajo, y el forastero comprendió que todos habían estado pensando en montar. Lo cual no era sorprendente. También se le ocurrió a él, cuando vio por primera vez a Ayla a lomos de Whinney.

Ayla observó la expresión de sobresaltada sorpresa en los rostros del grupo. De no haber sido porque Jondalar la estaba esperando, habría seguido galopando hasta llegar a su valle. Había conocido demasiada reprobación en su niñez por actos considerados inaceptables; y demasiada libertad más adelante, mientras vivía sola, como para someterse a las críticas por seguir sus propias inclinaciones. Estaba dispuesta a decir a Jondalar que, si deseaba visitar a aquella gente, lo hiciera, porque ella regresaba al valle. Pero al volver vio que Talut aún reía por lo bajo, imaginándose montado en la yegua. Entonces lo pensó mejor. La risa se había convertido en algo precioso para ella. En los tiempos vividos con el clan no se le había permitido reír, pues eso ponía a la gente nerviosa e incómoda. Sólo con Durc, en secreto, había podido reír con ganas. Fueron Bebé y Whinney los que le enseñaron a disfrutar de la risa de la risa. Pero Jondalar había sido la primera persona que la compartió abiertamente con ella. Contempló a su compañero, que reía tranquilamente con Talut. Él levantó la vista con una sonrisa, y la magia de sus ojos vívidos, increíblemente azules, tocaron dentro de ella un punto muy hondo, que resonó con un fulgor cálido y cosquilleante; Ayla sintió un gran impulso de amor hacia Jondalar. No podía volver al valle sin él. La mera idea de vivir sin Jondalar le presionaba la garganta, ahogándola, lastimándola con el dolor ardiente de las lágrimas contenidas. Mientras cabalgaba hacia ellos notó que, si bien Jondalar no era tan corpulento como el pelirrojo, tenía casi la misma altura que los otros tres hombres y una complexión más atlética. De pronto notó que uno de los otros era todavía un adolescente. Y quien les acompañaba, ¿era una niña? Se sorprendió a sí misma observando subrepticamente al grupo, tratando de no clavar la vista en él. Los movimientos de su cuerpo indicaron a Whinney que debía detenerse; pasó la pierna por encima del lomo y se deslizó al suelo. Ambos caballos parecieron ponerse nerviosos ante la proximidad de Talut; entonces ella acarició a Whinney y rodeó con el brazo el cuello de Corredor. Necesitaba la presencia familiar y tranquilizadora de los animales tanto como ellos la suya.

–Ayla sin Pueblo... –dijo el jefe. No estaba seguro de que fuera un modo correcto de llamarla; sin embargo, dado el extraño talento de aquella mujer, bien podía serlo –. Jondalar dice que temes el daño que puedan sufrir tus caballos si nos visitas. Digo aquí que, en tanto Talut sea el jefe del Campamento del León, ni la yegua ni su cría sufrirán daño alguno. Me gustaría que vinieras y trajeses a los animales. –Su sonrisa se ensanchó en una carcajada –. ¡De lo contrario, nadie nos creería!

Ayla se sentía ya más tranquila al respecto, y sabía que Jondalar deseaba hacer esa visita. No tenía verdaderos motivos para negarse y le atraía la risa fácil y amistosa del corpulento pelirrojo.

–Sí, yo voy –dijo.

Talut asintió, sonriendo. Le intrigaban aquella mujer, su acento y su asombrosa manera de entenderse con los caballos. ¿Quién era Ayla, la mujer sin Pueblo? Ayla y Jondalar,

acampados junto al impetuoso río, habían decidido aquella mañana, antes de encontrarse con el grupo del Campamento del León, que ya era tiempo de retornar. El curso del agua era demasiado grande para cruzarlo sin dificultad; tampoco valía la pena, si pensaban dar la vuelta y desandar el camino. La estepa, al este del valle en donde Ayla había vivido sola durante tres años, era más accesible, pero la joven no se había molestado en recorrer con frecuencia el dificultoso sendero que salía del valle, hacia el oeste; por lo tanto, conocía muy poco aquella zona. Aunque en un principio partieron con rumbo hacia el oeste, no se habían fijado meta alguna y acabaron viajando hacia el norte; después, hacia el este, mucho más allá del territorio que Ayla había recorrido en sus cacerías. Jondalar la convenció para que efectuara la exploración con él, a fin de acostumbrarla a viajar. Quería llevarla consigo, pero su patria estaba lejos, hacia el oeste. Ella se había mostrado reacia; le asustaba abandonar su valle seguro para vivir con gente desconocida, en un lugar extraño. Aunque él estaba deseoso de regresar, después de haber estado viajando durante tantos años, se había resignado a pasar el invierno con ella, en el valle. El viaje de retorno sería largo; bien podía durar un año entero, y era preferible, de todos modos, partir a finales de primavera. Estaba seguro de que, para entonces, la habría convencido de que le acompañara. Ni siquiera deseaba pensar en cualquier otra alternativa. Ayla le había encontrado malherido, casi muerto, al iniciarse la estación calurosa que ahora está declinando; Ayla comprendió enseguida la tragedia que él había sufrido. Se enamoraron mientras ella le devolvía la salud, aunque tardaron mucho en superar las barreras de sus culturas, tan distintas. Todavía se hallaban cada uno de ellos en la fase de aprender las costumbres y los usos del otro. Ayla y Jondalar terminaron de levantar el campamento y, para sorpresa e interés de los que esperaban, cargaron sus provisiones y equipos en la yegua, en vez de llevarlos a la espalda en sacos o armazones. A veces montaban los dos en la fuerte yegua, pero Ayla pensó que Whinney y su potrillo se pondrían menos nerviosos si la tenían a la vista. Los dos caminaron tras el grupo; Jondalar llevaba a Corredor con una larga sogá, atada a un freno que él mismo había inventado. Whinney seguía a Ayla sin necesidad de guía alguna. Siguieron durante varios kilómetros el curso del río, cruzando un ancho valle que descendía desde los prados circundantes. La hierba enhiesta les llegaba hasta el pecho, con las semillasmaduras cabeceando al viento, henchido en olas doradas que seguían el frío ritmo de las ráfagas caprichosas, provenientes de los grandes glaciares del norte. Unos cuantos pinos y abedules, retorcidos y nudosos, se acurrucaban en las estepas abiertas a lo largo de los ríos, buscando con las raíces la humedad cedida a los vientos agostadores. Cerca del río, los juncos aún estaban verdes, aunque el viento helado repiqueteaba entre las ramas caducas, desprovistas de follaje. Latie se retrasaba para echar, de vez en cuando, un vistazo a los caballos y a la mujer; por fin divisaron a varias personas más allá de un meandro. Entonces la niña echó a correr, pues quería ser la primera en anunciar a los visitantes. Ante sus gritos, la gente se volvió y quedó boquiabierta. Otras personas estaban saliendo de algo que, a los ojos de Ayla, semejava un gran agujero en la ribera, una especie de cueva, pero distinta de cuantas había visto hasta entonces. Parecía haber brotado en la cuesta que descendía hacia el río, pero no tenía la forma desigual de la roca o las barracas de tierra. Sobre el techo crecía la hierba, pero la abertura era demasiado regular y tenía un aspecto extraño, antinatural. Se trataba de un arco perfectamente simétrico. De pronto, en un profundo plano emocional, se dio cuenta de algo. ¡No era una cueva y aquella gente no era del clan! No eran como Iza, la única madre que ella podía recordar, ni como Creb o Brun, bajos y musculosos, de ojos grandes, sombreados por tupidas cejas, con la frente inclinada hacia atrás y una mandíbula prominente sin barbilla. Aquellas personas eran como ella, como la que le diera el ser. Su madre, su verdadera madre, debía de haberse parecido a aquellas mujeres. ¡Eran los Otros! ¡Ése era su lugar! Aquella apreciación le provocó un arrebató de entusiasmo y un cosquilleo de miedo. Un aturdido silencio saludó a los forasteros y a sus extrañísimos caballos cuando llegaron a la residencia invernala permanente del Campamento del León. De pronto, todos parecieron hablar al mismo tiempo.

—¡Talut! ¿Qué nos has traído ahora?

—¿De dónde sacasteis esos caballos?

—¿Qué les habéis hecho?

Alguien se dirigió a Ayla:

—¿Cómo haces para que no se vayan?

—¿De qué campamento son, Talut?

Aquella gente ruidosa y gregaria se adelantó en grupo, ansiosa de ver y tocar tanto a los forasteros como a los animales. Ayla quedó abrumada y confusa. No estaba acostumbrada a tanta gente, así como tampoco estaba acostumbrada a oír hablar, sobre todo a que todos hablaran al mismo tiempo. Whinney se iba apartando de costado, moviendo las orejas y con el cuello arqueado, tratando de proteger a su aterrado potrillo, intimidado por la gente que se apretujaba en torno. Jondalar notó la confusión de Ayla y el nerviosismo de los caballos, pero no podía dárselo a entender a Talut y a los suyos. La yegua sudaba y agitaba la cola, moviéndose en círculos. De pronto, no pudo soportarlo más y se encabritó, relinchando de miedo; sus duros cascos, lanzados por el aire, echaron a la gente hacia atrás. La inquietud de Whinney centró la atención de Ayla. La llamó por su nombre, con un sonido que era como un relincho consolador, haciendo los gestos de que se había servido para comunicarse antes de que Jondalar le enseñara a hablar.

–¡Talut! Nadie debe tocar a los caballos a menos que Ayla lo permita.

Sólo ella sabe dominarlos. Son mansos, pero la yegua puede mostrarse peligrosa si se la provoca o si cree que su hijo corre algún riesgo. Podría lastimar a alguien –advirtió Jondalar.

–¡Atrás! Ya habéis oído –gritó Talut, con voz tonante, haciendo callar a todos. Cuando gente y caballos se tranquilizaron, continuó, con voz más normal –: La mujer se llama Ayla. La he prometido que los caballos no sufrirán daño alguno si venían a visitarnos. Lo prometí como jefe del Campamento del León. Éste es Jondalar de los zelandonii, pariente, hermano del compañero de Tholie. –Por fin, con una sonrisa de satisfacción, agregó –: ¡Qué visitantes ha traído Talut!

Hubo gestos de asentimiento. Todos permanecieron en derredor, mirando con auténtica curiosidad, pero lo bastante lejos como para evitar los cascos de la yegua. Aunque los forasteros se hubieran marchado en ese momento, ya habían provocado el interés y los comentarios se prolongarían durante años. En las Reuniones de Verano se había hablado de dos hombres desconocidos que estaban en la región, viviendo con la gente del río, al sudoeste. Los mamutoi comerciaban con los sharamudoï y desde que Tholie, que era pariente suya, había elegido a un hombre del río, el Campamento del León se había interesado aún más. Pero nadie esperaba que uno de los forasteros llegara a su campamento, y mucho menos con una mujer que tenía cierto dominio mágico sobre los caballos.

–¿Te sientes bien? –preguntó Jondalar a Ayla.

–Asustaron a Whinney y también a Corredor. ¿Suele la gente hablar siempre así, todos al mismo tiempo? ¿Hombres y mujeres a la vez? Es turbador. Y gritan tanto... ¿Cómo distingues lo que alguien está diciendo?

Tal vez hubiera sido mejor haber vuelto al valle. Estaba abrazada al cuello de su yegua, apoyada contra el animal, obteniendo consuelo al tiempo que lo brindaba. Jondalar comprendió que Ayla estuviera tan inquieta como los caballos. Aquella multitud ruidosa le había causado una fuerte impresión. Quizá no conviniera quedarse demasiado tiempo; quizá fuese mejor comenzar con dos o tres personas tan sólo, hasta que se acostumbrara a estar entre gente como ella. Pero se preguntó qué cabría hacer si no se habituaba jamás. Bueno, por el momento estaban allí. Ya se vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

–A veces las personas hablan alto y todas a un tiempo, pero, en general, habla una sola. Y creo que ahora pondrán más cuidado con los caballos, Ayla –dijo, mientras ella comenzaba a descargar los cestos su jetos a los flancos del animal por medio de un arnés que había hecho con tiras de cuero.

Mientras tanto, Jondalar llevó a Talut a un lado para decirle, en voz baja, que tanto Ayla como los caballos estaban un poco nerviosos y necesitaban tiempo para acostumbrarse a todos.

–Sería mejor que, por un rato, los dejaran solos.

Talut, comprensivo, caminó entre los miembros del campamento, conversando con unos y otros. Todos se dispersaron para ocuparse de distintas tareas: preparar la comida, trabajar con cueros o herramientas; así podían observar con cierto disimulo. Ellos también estaban intranquilos. Los forasteros eran interesantes, pero una mujer capaz de magia tan poderosa podía hacer algo inesperado. Sólo unos cuantos niños se quedaron a observar con ávido interés, mientras ellos descargaban los fardos. A Ayla no le molestaban. Llevaba años enteros sin ver un niño, desde que se separara del clan, y sentía tanta curiosidad como ellos. Liberó a Corredor del arnés y de la brida; luego dio a los dos animales unas

palmaditas a modo de caricias. Después de rascar con ganas al potrillo y abrazarlo afectuosamente, levantó la vista. Latie miraba con avidez al potro.

–¿Tú quieres tocar caballo? –preguntó Ayla hablando con dificultad el idioma de los mamutoi.

–¿Podría?

–Ven. Dame mano. Yo muestro.

Cogió la mano de Latie y la sostuvo contra el apelmazado pelo de invierno del potro. Corredor giró la cabeza para olfatear a la niña y la tocó con el hocico. La sonrisa de gratitud de Latie era todo un regalo.

–¡Le gusto!

–Él gusta que rasquen también. Así –observó Ayla, indicando a la criatura los lugares donde mayor comezón sentía el potrillo.

Corredor estaba encantado con aquellos mimos y no dejó de demostrarlo; Latie no cabía en sí de alegría. El potrillo la había atraído desde un principio; Ayla les volvió la espalda para ayudar a Jondalar; no vio, pues, que se aproximaba otro niño. Cuando giró en redondo, ahogó una exclamación: sintió que su rostro se demudaba.

–¿No importa si Rydag toca al caballo? –preguntó la niña–. No sabe hablar, pero yo sé que lo desea.

Rydag siempre provocaba sorpresa en la gente, y ella lo sabía.

–¡Jondalar! –llamó Ayla, con un susurro ronco–. Esa criatura. ¡Podría ser mi hijo! ¡Parece Durc!

Él, al volverse, abrió los ojos con atónita sorpresa. Era un niño de espíritus mezclados. Los cabezas chatas (aquellos a los que Ayla siempre llamaba «el clan») eran, para casi todos, animales; los niños como aquél eran considerados por la mayoría como «abominaciones», mitad animales, mitad humanos. Para él había sido un desagradable golpe enterarse de que Ayla había dado a luz a un hijo híbrido. Por lo común, la madre de semejante criatura era una paria, descastada por miedo a que atrajera otra vez al maligno espíritu animal, haciendo que otras mujeres alumbraran nuevas abominaciones. Algunos ni siquiera querían admitir que existían; descubrir a uno viviendo allí, con la gente, era algo más que inesperado: era asombroso. ¿De dónde había salido aquel niño? Ayla y el pequeño se miraban mutuamente, sin prestar atención a nada más. «Es delgado para ser medio del clan», pensó Ayla. «Por lo común son de huesos grandes y musculosos. Ni siquiera Durc era tan delgado. Está enfermo.» Su mirada de mujer adiestrada en la medicina le reveló que era un problema de nacimiento, algo que afectaba a ese músculo fuerte que latía dentro del pecho, haciendo mover la sangre, supuso. Pero archivó esos datos sin pensar en prestarles mayor atención. Estaba observando con mayor interés el rostro y la cabeza, en busca de las similitudes y las diferencias entre aquella criatura y su propio hijo.

Los ojos pardos, grandes e inteligentes, eran como los de Durc, incluso en la expresión de antigua sabiduría, muy superior a la edad. Sintió una punzada de nostalgia y un nudo en la garganta. Pero había también dolor y sufrimiento, no siempre físico, jamás experimentados por Durc. Se sintió llena de compasión. Las cejas del niño no eran tan pronunciadas, apostilló tras un estudio detallado. Durc tenía los arcos ciliares bien desarrollados incluso a los tres años, al marcharse ella; sus ojos y su ceño saliente eran del clan, pero la frente era como la de aquel niño: no echada hacia atrás y achatada, como la del clan, sino alta y curvada como la suya. Sus pensamientos comenzaron a divagar. Durc ya tendría seis años, edad suficiente para ir con los hombres cuando practicara con las armas de caza. Pero sería Brun quien le enseñara a cazar, no Broud. Al recordar a Broud sintió un arrebato de ira. Jamás olvidaría al hijo de la compañera de Brun, el hombre que había alimentado tal odio contra ella que no cejó hasta que pudo quitarle a su bebé, por puro rencor, expulsándola del clan. Cerró los ojos; el dolor de los recuerdos la atravesaba como un cuchillo. No podía creer que volvería a ver a su hijo alguna vez. Al abrir los ojos vio a Rydag y aspiró profundamente. ¿Qué edad tendría aquel niño? «Es pequeño, pero parece tener la edad de Durc», pensó, comparándolos nuevamente. Rydag tenía la piel clara; su pelo era oscuro y rizado, pero más claro y suave que la espesa pelambre castaña, más común en el clan. La mayor diferencia entre él y el hijo de Ayla radicaba en el cuello y el mentón. Su niño tenía el cuello largo, como ella (a veces se ahogaba con la comida, cosa que no ocurría con los bebés del clan), y el mentón hundido, pero visible. Aquella criatura, en cambio, tenía el cuello corto del clan y la mandíbula saliente. Entonces recordó lo que había dicho Latie: no sabía hablar. De pronto, en un momento de comprensión, adivinó lo que debía ser la vida de ese niño. Una cosa era que una niña de cinco años, tras perder a su

familia en un terremoto y ser encontrada por un clan de personas incapaces de manejar un lenguaje articulado, aprendiera el idioma de los signos que ellos utilizaban para comunicarse, y otra muy distinta vivir entre gente parlante y no poder hablar. Recordó sus primeras frustraciones al no poder comunicarse con las personas que la habían recogido. Peor aún, ¡qué difícil había sido hacerse entender por Jondalar, antes de aprender nuevamente a hablar! ¿Y si no hubiera podido aprender? Hizo una señal al niño, un simple gesto de saludo, uno de entre los primeros que había aprendido mucho tiempo atrás. Hubo en los ojos del pequeño un resplandor de entusiasmo; luego sacudió la cabeza, desconcertado. Ella comprendió que no había aprendido el lenguaje del clan, basado en gestos, pero tal vez retenía algún vestigio de la memoria del clan: había reconocido la señal por un instante; de eso estaba segura.

–¿Puede tocar al caballito? –preguntó Latie, otra vez.

–Sí.

Ayla cogió la mano del niño. «Es tan liviano, tan frágil», pensó. Y comprendió el resto: no podía correr como los otros. No podía jugar a los bruscos y normales juegos de empujones y riñas, como cualquiera. Sólo podía mirar... y desear. Con una ternura que Jondalar nunca le había visto en la expresión, Ayla levantó al pequeño y lo puso sobre el lomo de Whinney. Tras indicar a la yegua, por medio de una señal, que la siguiera, los paseó lentamente por todo el campamento. Se produjo una pausa en la conversación: todo el mundo había callado para mirar a Rydag montado en el animal. Aunque se hablaba acerca de ello, nadie había visto a una persona montada, a excepción de Talut y los que le habían acompañado hasta el río. Nadie había pensado nunca en la posibilidad de semejante cosa. Una mujer grande y maternal salió de la extraña vivienda. Al ver a Rydag sobre la misma yegua que se había encabritado tan cerca de ella, su primera reacción fue correr en su auxilio. Pero, al acercarse, cobró conciencia del drama silencioso que se desarrollaba ante ella. El rostro del pequeño estaba lleno de gozo y maravilla. ¿Cuántas veces había contemplado lo que hacían los otros niños, con ojos ávidos, incapacitado para imitarlos por su debilidad o su diferencia? ¿Cuántas veces había anhelado hacer algo para que le admiraran o le envidiasen? Ahora, por primera vez, todos los niños del campamento, y también los adultos, le miraban con evidentes deseos de estar en su lugar. La mujer surgida de la vivienda se preguntó si era posible que aquella desconocida hubiera entendido al niño con tanta celeridad, aceptándolo tan fácilmente. Al ver el modo con que Ayla observaba a Rydag, comprendió que así era. Ayla notó que la mujer la estaba estudiando y le sonrió. La otra le devolvió la sonrisa y se detuvo a su lado.

–Has hecho muy feliz a Rydag –le dijo, alargando los brazos hacia el pequeño que la forastera levantaba del caballo.

–Es poco –dijo Ayla.

La mujer asintió.

–Me llamo Nezzie.

–Yo nombre Ayla.

Las dos mujeres se observaron con atención, sin hostilidad, pero tanteando el terreno para una futura relación. En la mente de Ayla se atropellaban las preguntas que deseaba hacer con respecto a Rydag, pero vacilaba; no estaba segura de que fuera correcto preguntar. ¿Era Nezzie la madre del niño? En ese caso, ¿cómo había alumbrado un niño de espíritus mezclados? Ayla volvió a plantearse la cuestión que le inquietaba desde el nacimiento de Durc: ¿cómo se iniciaba la vida? La mujer sólo sabía que el bebé estaba allí cuando le cambiaba el cuerpo con el crecimiento de éste. ¿Cómo entraba en ella? Creb e Iza creían que la vida nueva se iniciaba cuando la mujer tragaba los espíritus totémicos de los hombres. Jondalar pensaba que la Gran Madre Tierra mezclaba los espíritus de un hombre y una mujer, para ponerlos dentro de la mujer cuando ella quedaba embarazada. Pero Ayla tenía su propia opinión. Al notar que su hijo tenía algunas características suyas y algunas del clan, comprendió que en ella no había crecido ninguna vida antes de que Broud la penetrara a la fuerza. El recuerdo la hizo estremecer, pero el hecho de que fuera tan doloroso le impedía olvidarlo. Había llegado a creer que había alguna relación entre el miembro que el hombre introducía en el sitio por donde nacían los bebés y el principio de la vida en una mujer. Cuando se lo contó a Jondalar, a éste le pareció una idea extraña y trató de convencerla de que era la Madre quien creaba la vida. Ella no le creyó del todo. Ahora volvía a preguntárselo. Había crecido en el clan; era una de ellos, a pesar de su aspecto diferente. Aunque le hubiera disgustado tanto, Broud no había hecho sino ejercer sus derechos. Pero ¿cómo era posible que un hombre del clan hubiera forzado a Nezzie?

Sus pensamientos se interrumpieron ante la conmoción provocada por la llegada de otro pequeño grupo de cazadores. Un hombre, al acercarse, echó su capucha hacia atrás. Tanto Ayla como Jondalar ahogaron una exclamación de asombro: ¡el hombre era de tez oscura! El color de su piel era de un castaño intenso, casi como el de Corredor, lo cual ya resultaba raro en un caballo. Ninguno de los dos había visto, hasta entonces, una persona de piel oscura. Tenía el cabello negro, con rizos apretados y elásticos que formaban un casquete lanudo, como la piel de un cordero negro. También sus ojos negros; chisporroteaban de gozo cuando sonreía, mostrando los dientes blancos, brillantes, y una lengua sonrosada que contrastaba con su piel oscura. Sabía que provocaba conmoción en quienes le veían por primera vez, y eso le gustaba. Por lo demás, era un hombre perfectamente común, de complexión mediana, apenas uno o dos dedos más alto que Ayla. Pero su vitalidad contenida, su economía de movimientos y cierta confianza en sí mismo creaban la impresión de que sabía lo que deseaba y no perdía tiempo en averiguarlo. Cuando vio a Ayla, el fulgor de sus ojos aumentó. Jondalar reconoció aquella mirada como una señal de atracción. Su frente se arrugó formando varios surcos, pero ni la mujer rubia ni el hombre moreno se dieron cuenta. Ella estaba cautivada por el color inhabitual del hombre y le miraba fijamente, con la franca maravilla de una criatura. Y él se sentía atraído tanto por el aura de inocencia que esa reacción dejaba traslucir como por la belleza de la forastera. De pronto, Ayla notó que estaba mirándolo con fijeza; ruborizada hasta el carmesí, bajó la vista al suelo. De Jondalar había aprendido que hombres y mujeres podían mirarse a los ojos sin ofensa, sobre todo por parte de una mujer. Sin embargo, su educación, las costumbres del clan, reforzadas una y otra vez por Creb e Iza para hacerla más aceptable, le hacían sentirse abochornada. De cualquier modo, su azoramiento no hizo sino aumentar el interés del hombre moreno. Con frecuencia despertaba en las mujeres una atención desacostumbrada. La sorpresa inicial de su aspecto parecía provocar la curiosidad femenina sobre otras posibles diferencias. A veces se preguntaba si todas las mujeres, en las Reuniones de Verano, se sentían obligadas a averiguar personalmente si él era, en verdad, un hombre como todos. En realidad, no se oponía. Pero la reacción de Ayla le intrigaba tanto como a ella su color. No estaba habituado a que las mujeres adultas, de llamativa belleza, se ruborizaran ante él con el pudor de las niñas.

–Ranec, ¿te han presentado a nuestros visitantes? –preguntó Talut, acercándose.

–Todavía no, pero estoy esperando... impaciente.

El tono de su voz hizo que Ayla le mirara a los ojos profundos y negros, llenos de deseo... y humor sutil. Se introdujeron en ella hasta un punto que sólo Jondalar había tocado hasta entonces. El cuerpo femenino respondió con un cosquilleo inesperado, que llevó hasta sus labios una leve exclamación, agrandando los ojos de color azul grisáceo.

El hombre se inclinó hacia delante, dispuesto a cogerle las manos. Pero antes de que se hicieran las presentaciones de costumbre, el forastero alto se interpuso entre ambos y, con el ceño muy fruncido, adelantó las manos.

–Soy Jondalar de los zelandonii –dijo–. La mujer con quien viajo se llama Ayla.

Ayla estaba segura de que algo perturbaba a Jondalar, algo relacionado con el hombre oscuro. Habituada a interpretar las posturas y las actitudes, observaba atentamente a Jondalar en busca de pistas sobre las que basar su propia conducta. Pero el lenguaje corporal de quienes se expresaban con palabras era mucho menos significativo que el del clan, cuyos miembros se comunicaban por medio de gestos, y ella aún no confiaba en sus percepciones. Aquellas personas parecían, a un tiempo, más fáciles y más difíciles de interpretar, como en el caso del brusco cambio de actitud en Jondalar. Comprendió que estaba enojado, pero sin saber por qué. El hombre cogió las manos de Jondalar y las estrechó con firmeza.

–Yo soy Ranec, amigo mío: el mejor tallista del Campamento del León, entre los mamutói... y también el único –agregó, con una sonrisa, como burlándose de sí mismo. Luego añadió–: Si viajas con una compañera tan bella, no te extrañes de que llame la atención. Entonces le tocó a Jondalar sentirse abochornado. La amistosa franqueza de Ranec le hizo sentirse como un patán: con un dolor familiar, recordó a su hermano. Thonolan había mostrado la misma confianza para con todos; siempre era el primero en presentarse cuando se encontraban con otros en sus viajes. A Jondalar siempre le había preocupado hacer cosas tontas; no le gustaba iniciar una relación de manera incorrecta. Como mínimo, acababa de pasar por mal educado. Pero aquel súbito enojo le había sorprendido, cogiéndolo desprevenido. Para él, la punzada ardiente de los celos era una emoción nueva; al menos,



llevaba tanto tiempo sin experimentarla que no la esperaba. Se habría apresurado a negarlo, ya que su condición de hombre alto y apuesto, su inconsciente atractivo y su sensibilidad en los placeres le habían acostumbrado, por el contrario, a que fueran las mujeres las que se mostraran celosas y se disputaran sus atenciones.

¿Por qué le molestaba que otro hombre mirara a Ayla? Ranec tenía razón: era de esperar, siendo ella tan hermosa. Y Ayla tenía derecho a elegir. El hecho de que él fuera el primer hombre de su raza conocido por ella no significaba que fuese el único en atraerla. Ayla vio sonreír a Ranec, pero notó que la tensión de sus hombros no se había relajado.

–Ranec no le da importancia, aunque no acostumbra a negar sus otras habilidades –estaba diciendo Talut, mientras le precedía hacia la extraña cueva, que parecía hecha de tierra y brotaba en la ribera–. Él y Wymez se parecen en este aspecto, aunque no en otros. Wymez también se resiste a admitir su habilidad como fabricante de herramientas; igual que este hijo de su hogar a reconocer la bondad de sus tallas. Ranec es el mejor tallista de todos los mamutoi.

–¿Tenéis un buen fabricante de herramientas? ¿Y un tallista de pedernal?

–preguntó Jondalar, contento e interesado. Su arrebato de celos había desaparecido ante la posibilidad de encontrarse con otra persona hábil en su propio oficio.

–Sí, y también es el mejor. El Campamento del León es famoso. Tenemos el mejor tallista, el mejor fabricante de herramientas y el mamut más anciano –declaró el jefe.

–Y un jefe tan corpulento que todos se declaran de acuerdo con él, aunque no lo estén –agregó Ranec, con una sonrisa irónica.

Talut también sonrió, conociendo como conocía la tendencia del hombre moreno a rechazar las alabanzas de sus tallas. Eso no impedía que Talut se vanagloriase, pues estaba orgulloso de su campamento y no vacilaba en proclamarlo. Ayla observaba la sutil relación entre los dos hombres: el mayor, un gigante de pelo flamígero y claros ojos azules; el otro, oscuro y compacto. Comprendía también el profundo vínculo de afecto y lealtad que compartían, aunque fueran tan distintos. Ambos eran cazadores del mamut; ambos, miembros del Campamento del León, de los mamutoi. Caminaron hacia la arcada que Ayla había visto antes. Parecía abrirse hacia una colina, tal vez a una serie de ellas, incorporadas a la pendiente que daba al gran río. Ayla había visto que la gente entraba y salía por allí. Por lo tanto, debía de ser una cueva, algún tipo de vivienda. Sin embargo, parecía hecha completamente de tierra. Aunque bien apisonada, en algunos sitios dejaba crecer la hierba, sobre todo en el fondo y los laterales. Se confundía tan bien con el panorama que, descartando la entrada, resultaba difícil distinguirla. Al inspeccionarla mejor, notó que la cima redondeada del montículo era un depósito de varios objetos curiosos. Y entonces vio uno en especial, justo sobre la arcada, que la dejó sin aliento. ¡Era el cráneo de un león de las cavernas!